

El romance del espacio público*

ADRIÁN GORELIK**

Abstract

THE PUBLIC SPACE ROMANCE. In this work we examine how in the eighties the phrase public space appears as a category capable of explaining all (an omni-explicative category). Even though it was absent in the cultural, sociological and political vocabularies for several decades, it reappeared especially as a functional category that operated as the most appropriate bridge to link the diverse dimensions of public and urban life. We also study the peculiar moment of "urban optimism" that generated it, and we continue observing its changes from the nineties until present time. We noted that even though the category of public space is still used by urban operators, its conceptual value and its urban reality have suffered immense mutations. Thus, the aim of this text is to demonstrate that the so called: urban public space has become a ghostly space, and what we designate as public space, is now a fetish that disguises its spectral condition.

Key words: public space, urban culture, urban policy, Buenos Aires

Resumen

En este trabajo se analiza la emergencia, en los ochenta, de la categoría espacio público como una omniexplicativa y, en especial, operativa; una categoría puente que, luego de décadas de ausencia en los vocabularios cultural, sociológico y político, reapareció como la más adecuada para vincular las diversas dimensiones de la vida pública y el devenir urbano. También se examina la peculiar coyuntura de "optimismo urbano" en que esto sucedió, y cómo fue cambiando desde los años noventa hasta llegar a la situación actual, en donde al tiempo que la categoría sigue vigente entre los operadores urbanos, tanto su valor conceptual como su realidad urbana han sufrido enormes mutaciones. Así, el texto busca mostrar que el espacio público urbano se ha convertido en un espacio espectral y el concepto de espacio público, en un fetiche que enmascara esa condición.

Palabras clave: espacio público, cultura urbana, política urbana, Buenos Aires

* Artículo recibido el 12/04/07 y aceptado el 14/06/07. Este trabajo se realizó para el Laboratorio de Cultura Urbana: Los Conflictos Culturales en el Futuro de las Ciudades, organizado por el Grupo de Estudios de Cultura Urbana, Universidad Autónoma Metropolitana, México, del 11 al 13 de mayo de 2005; una versión del mismo fue publicada después en la revista *Block*, núm. 7, CEAC-UTDT, Buenos Aires, 2005, pp. 8-15. El presente texto fue corregido y ampliado para *Alteridades* en marzo de 2008.

** Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes, Roque Sáenz Peña 180 (1876), Bernal, Provincia de Buenos Aires, Argentina <agorelik@unq.edu.ar>.

Para los urbanistas, el
redescubrimiento demorado de las
virtudes de la ciudad clásica al
momento de su imposibilidad definitiva
puede haber sido el punto de no
retorno, el momento de su desconexión
fatal, el motivo de descalificación. Hoy
son especialistas en dolores
fantasmales: doctores que discuten las
complicaciones médicas de una
extremidad amputada.

Rem Koolhaas (1995)

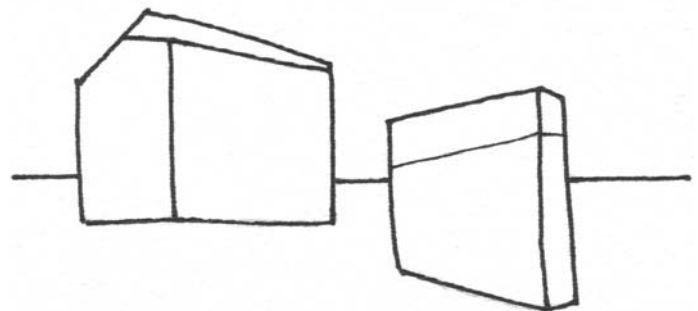
I

En los años ochenta del siglo xx, después de mucho tiempo de ausencia en los vocabularios cultural, sociológico, político o urbano, el espacio público se convirtió en una categoría omniexplicativa y, especialmente, operativa, y lo sigue siendo en la actualidad. Es notorio por ejemplo que, en la Buenos Aires que atravesó la crisis de los años 2001 y 2002 y que hoy parece asistir a un nuevo boom urbano, la categoría de espacio público sigue funcionando, al igual que en los ochenta y los noventa, tanto para interpretar los fenómenos de la cultura urbana, desde el circuito turístico-tanguero hasta las Gallery nights, como para fundamentar las acciones de gobierno sobre la ciudad, como se ve en las más recientes transformaciones céntricas. Incluso podría pensarse que la apelación al espacio público es decisiva en el cambio de representaciones sobre la ciudad, entre los noventa y hoy, cuando la imagen de la “ciudad de los negocios” y los megaemprendimientos rutilantes ya no goza de buena prensa. Así como en los años noventa Buenos Aires encontró su *postal* en Puerto Madero, si actualmente tuviéramos que elegir una postal que encarnase los imaginarios en boga deberíamos escoger alguna imagen de Palermo Viejo, que aparece representado como el barrio tradicional que se ha recuperado para la intensidad de los usos contemporáneos, pero sin perder su encanto bucólico, distrito de la fiesta y el *design*, cuyo extraordinario suceso inmobiliario y comercial parece reconciliar a la ciudad –frente al megaemprendimiento de enclave típico de los noventa– con el espacio público del barrio

de clase media que aquellas políticas habían llevado al peligro de la extinción.

El éxito de esta categoría puede notarse en el hecho de que, desde los años ochenta hasta hoy, sigue siendo la preferida, no sólo en el mundo cultural y académico, sino también entre los gobiernos municipales y, lo que es más significativo, los grupos empresariales, para pensar la transformación de la ciudad en un sentido progresista.¹ La hipótesis que aquí sostengo, en cambio, es que el espacio público urbano se ha convertido en un espacio espectral, y la categoría de espacio público, en un fetiche que enmascara esa situación. Se trata, por cierto, de una categoría muy especial, una de esas escasas *categorías puente*, que ponen en un mismo recipiente conceptual dimensiones de la sociedad, la política y la ciudad, conectando esferas fuertemente diferenciadas.² Pero el problema es que, mientras seguimos hablando de espacio público y organizando nuestra agenda urbana en torno a este tema, ya no podemos garantizar que la conexión se produzca. ¿De qué hablamos, entonces, cuando hablamos del espacio público? Veamos dos escenas actuales de Buenos Aires en las que el conflicto de las interpretaciones se hace evidente.

La primera escena es la del santuario de República de Cromañón, en la calle Bartolomé Mitre, a metros de la Plaza Once. Se trata de una cuadra en pleno distrito comercial y en uno de los nudos más densos de confluencia de transporte, que permanece cerrada al tránsito desde el 30 de diciembre de 2004, cuando ocurrió la tragedia que convirtió a la discoteca en una tumba para 193 personas, la mayoría adolescentes, pero también algunos mayores, niños y hasta bebés.³ La tragedia se convirtió en un hito en la política de Buenos Aires,



¹ Por citar sólo dos ejemplos: en 2003, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires publicó un libro con textos analíticos y proyectos urbanos que se tituló *Las dimensiones del espacio público*; y en el momento en que estaba siendo escrita la primera versión de este artículo, en mayo de 2005, se realizaba en Bogotá el Foro Internacional de Espacio Público y Ciudad, organizado por la Alcaldía y la Cámara de Comercio de Bogotá.

² Hemos introducido la idea de *categoría puente* a propósito de la figura rossiana de *ciudad análoga* (Gorelik, 1998).

³ La noche del 30 de diciembre de 2004 se presentaba en la discoteca República de Cromañón el grupo Callejeros, uno de los representantes eminentes del fenómeno del rock barrial, formado por grupos de jóvenes de los barrios suburbanos de Buenos Aires de clase media y media-baja que han incorporado como elementos de la cultura del rock comportamientos

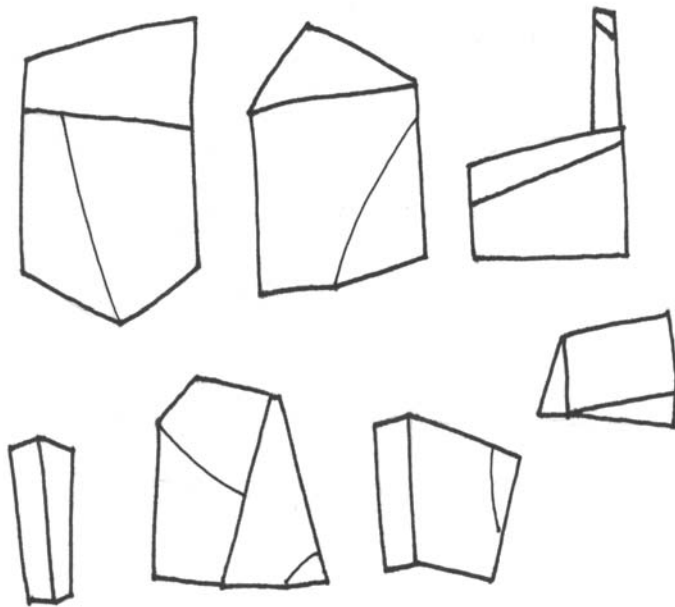
y todo lo que ocurrió daría, en sí mismo, para una exposición acabada sobre los modos de funcionamiento de las relaciones Estado/sociedad. Digamos aquí, sin más, que se articularon fatalmente una serie de factores muy conocidos en Buenos Aires: la corrupción estatal y empresarial, y la cultura de la transgresión extendida en toda la sociedad. De todos modos, creemos que con la palabra corrupción, de tan habituados que estamos a utilizarla, se termina diciendo muy poco: habría que hablar, quizás, del desinterés y la imposibilidad del Estado por regular y controlar los intereses privados, para proteger a una mayoría de la sociedad que tiene cada vez menos recursos materiales y simbólicos para hacerlo por sí misma.

Pero el punto que deseo desarrollar tiene que ver con lo que pasó desde entonces: los familiares de las víctimas montaron en esa cuadra una especie de santuario precario y erizado –con restos calcinados de ropa, zapatos, papeles–, que oficia como locus de identidad y centro de reunión para la protesta y como un altar de la tragedia y de la lucha. Un ejemplo más, sin duda, de esta modalidad extendida a toda la sociedad de un presente en “Estado de memoria” –como prueba también la multiplicación de santuarios en las favelas cariocas, por cada *menino da rua* (niño de la calle) que muere abatido por la policía–. Pero con este altar se ha cortado en forma permanente una calle completa, algo que no había ocurrido en los sitios de tragedias anteriores de la vida de Buenos Aires, también de enorme alcance emocional y político (como los campos de concentración de la dictadura o el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina que fue volado en un atentado en julio de 1994), de modo que la memoria irrumpe de un modo mucho más literal en el transcurrir urbano, en una zona neurálgica de la ciudad. ¿Por qué se ha perpetuado esta situación? La dirigencia política

del municipio buscó diluir su responsabilidad delegando su autoridad y abandonando cualquier criterio de racionalidad desde el punto de vista de los intereses del conjunto de la sociedad. La ilegitimidad les impide a los políticos distinguir públicamente lo que es legítimo de lo que no lo es en la protesta, y los familiares de las víctimas se convierten en el único actor con autoridad en el conflicto. A pesar de que el gobierno de la ciudad ya realizó un monumento en el sitio –mediante un concurso–, con el que esperaba satisfacer el reclamo de los familiares y reabrir la calle al tránsito, ésta continúa ocupada por el santuario informal, que funciona entonces no sólo como lugar de peregrinación y memoria, sino como evidencia del lugar que ocupan los afectados directos ante la ausencia del Estado, como materialización política de ese vacío de representación, la cicatriz urbana de la crisis.

La segunda escena es la del parque Micaela Bastidas, en Puerto Madero: un parque nuevo, en la zona más reciente de la ciudad, el cual ha sido señalado como un verdadero acierto en el diseño de parques y, mucho más que eso, como una reapropiación pública de la zona modélica de la ciudad de los años noventa. Frente a la cristalización del puerto como un enclave exclusivo de negocios y turismo de alto estándar, el barrio más moderno y caro de Buenos Aires, el parque aparece como un equipamiento sofisticado pero orientado a favorecer el tradicional uso popular de la costa, ilustrando el viejo ideal decimonónico que veía el parque como el espacio público democratizador por excelencia, la “nueva catedral” de la ciudad moderna, allí donde la comunidad se encuentra y reconoce, donde los individuos, iguales por efecto del sol y la naturaleza cultivada, se convierten en el público crítico de la Modernidad. Y no es secundario que en el proyecto del parque haya participado uno de los principales creadores de toda la

característicos de las hinchadas de fútbol. El grupo Callejeros, en particular, alentaba a sus seguidores a tirar bengalas en los shows, lo cual, por el peligro que conlleva, está prohibido incluso en los estadios abiertos, pero cuya realización forma parte de la cultura del *aguante* de las hinchadas. La discoteca era un lugar cerrado que, como se descubrió después, no cumplía con ninguna reglamentación antiincendio: todo el cielo raso estaba cubierto por telas altamente inflamables y, además, las puertas de emergencia estaban inhabilitadas para impedir el ingreso de jóvenes que no hubieran pagado la entrada. Cuando algunos seguidores del grupo tiraron las primeras bengalas el cielo entró en combustión produciendo no exactamente un incendio –ya que no llegaron a formarse llamas–, sino una intensa humareda que provocó la muerte por asfixia de los que no lograron escapar. Los seguidores del rock barrial, por añadidura, asisten a los shows de sus grupos con toda su familia, incluyendo niños pequeños, que estaban encerrados en los baños que funcionaban como guardería improvisada y terminaron siendo una trampa mortal. Por supuesto, cuando se comenzó a investigar el siniestro, se descubrió que todas las fallas antirreglamentarias del local eran toleradas por un sistema de corrupción municipal generalizado, de modo que los procesados por la justicia fueron los dueños del local, los funcionarios municipales y los miembros del grupo Callejeros, que tenían a su cargo parte de la organización del show –incluyendo la seguridad–. Se han llevado adelante distintas instancias judiciales por las cuales algunos procesados han sido encontrados culpables y otros liberados, pero todavía falta efectuar el juicio oral contra el administrador de la discoteca –Omar Chabán, una figura emblemática del espectáculo *underground* y del rock desde los años ochenta–. Más allá de que la justicia determinó que el jefe de gobierno de la ciudad, Aníbal Ibarra, era inocente, la Legislatura, haciéndose eco de las denuncias de los familiares que desde el comienzo lo señalaron como el principal responsable por la corrupción en el sistema de inspecciones municipales, le realizó un juicio político por el cual fue destituido en marzo de 2006.



operación Puerto Madero, que sostuvo siempre, contra toda evidencia, el carácter popular y progresista del emprendimiento: quizás habría que entender este parque como una especie de revancha del “planeamiento estratégico” contra las voces agoreras.⁴

Los ejemplos son un poco azarosos. Podría haber elegido otras oposiciones, como la que se produciría entre un corte de calles por una asamblea vecinal de las tantas que funcionaron durante 2002 –cuando se pensó que eran la encarnación de la nueva política e incluso se organizó todo un turismo político para relevar in situ el último grito de la temporada de rebelión contra el “Imperio”–, y el arreglo de la tradicional avenida Corrientes, a la que se le ensancharon las veredas como parte de una serie de intervenciones recientes en el área céntrica con un discurso oficial que apela, como dijimos, al enaltecimiento del espacio público. Y también podría haber seleccionado casos de cualquier otra ciudad, latinoamericana o no, como la de México, mostrando una calle del Centro Histórico recién *recuperada*, con sus pavimentos relucientes y sus fachadas elegantes, y la cuadra siguiente todavía ocupada por el tumulto de la venta ambulante (un buen test para los imaginarios urbanos de México: ante esas dos imágenes, elija cuál le sugiere mejor la idea de espacio público). Pero la intención aquí no es volver a plantear una tradicional y maniquea oposición entre “la ciudad de la gente” y “la ciudad de la arquitectura”. De hecho,

el parque Bastidas tiene realmente uso popular, y ni hablar de la avenida Corrientes. Además, no tiene objeto despreciar las cualidades materiales de los espacios urbanos ni la belleza de la ciudad, un bien público que, en todo caso, debe ser redistribuido como representación de la historia común y base imprescindible de sentido para nuestras instituciones republicanas.

Lo que señalan estas oposiciones, en verdad, es el conflicto inherente en la definición de espacio público. Se trata de algo obvio y evidente, pero que no suele ser tematizado, y que, al parecer, engloba todo ello; el espacio público se convierte en lo contrario de lo que debería ser como categoría: en lugar de hacer presente el conflicto, se torna una categoría tranquilizadora, un fetiche.

II

Partiré, entonces, del conflicto implícito en la propia categoría, aquello que permite aclarar cada una de esas escenas tan diferentes como espacio público. La primera escena podría explicarse desde la perspectiva de que el espacio público es el de la acción política: en este caso, se trata de un espacio público agonal, lugar del encuentro con el otro para la construcción de la diferencia. Podría remitirse a una visión como la de Hannah Arendt, inspirada en el ideal antiguo del espacio público como el mundo de la libertad (la política) frente al mundo doméstico de la necesidad (la economía) (cf. Arendt, 1993 [1958]). Claro que estas pobres víctimas de la masacre de República de Cromañón distan mucho de la imagen de los ciudadanos clásicos, en principio porque es bastante difícil distinguir en ellos el momento de la libertad del de la necesidad; y el santuario improvisado, irrupción de la memoria agraviada en el continuum de la ciudad, tiene un inconfundible sabor latinoamericano (por demás significativo en una ciudad tan tradicionalmente reacia a pensarse incluida en estos coloridos aspectos del continente).

La segunda escena, en cambio, tiene como referencia el espacio público burgués, y ha solido fundamentarse acudiendo a una visión como la de Jürgen Habermas –aunque veremos que para ello se han tomado muchas libertades interpretativas–. No se trata ya del espacio de la acción, sino de la representación, no sólo porque su protagonista, el público ilustrado, representa a un público mayor (de acuerdo con la idea de “Humanidad” que fundamenta el moderno gobierno representativo),

⁴ El parque fue diseñado por Alfredo Garay, Néstor Magariños, Irene Joselevich, Graciela Novoa, Marcelo Vila y Adrián Sebastián. Garay fue uno de los autores intelectuales de toda la operación de refuncionalización del puerto, como secretario de Planeamiento de la municipalidad de Buenos Aires.

sino porque el espacio público moderno, en esta acepción, es un universo de conductas representativas: sólo mediante la representación se hace posible el contacto con el otro en la sociedad de individuos que, a través del mercado, han roto los lazos de la comunidad. Mercado y espacio público: para esta acepción, las dos caras inevitables de la moneda que resulta la ciudad moderna (cf. Habermas, 1981 [1962]).

Las diferencias entre estas acepciones son notorias. Para la primera, la conducta representativa es conformista, porque evita la acción verdadera por medio de la cual los hombres hacen presente lo que son, y de aquí se desprende una amplia gama de categorías muy extendidas desde el siglo XIX para criticar el espacio público burgués (justamente el que toma la segunda acepción): en primer lugar, la noción de *máscara*, central en la búsqueda de autenticidad del arte y la arquitectura modernos (basta pensar en la figura de la *ciudad Potemkin*, acuñada por Adolf Loos para criticar la Viena del Ring) (Loos, 1993 [1898]). Rebelándose contra el mercado (el filisteísmo del público), el individualismo y los afeites destinados a ocultar las miserias de la Modernidad, esta acepción se pronuncia contra cualquier estabilización del espacio público: el mismo surgiría, en cambio, de una colisión fugaz e inestable entre forma y política, de un *ahora radical*, dirigido a interrumpir la temporalidad prosaica y mercantil del espacio público burgués. No cabe duda de que, no sólo cuando se producen manifestaciones políticas, sino también cuando el arte moderno busca su ligazón con la “vida”, ocupando la calle, estamos en presencia de un espacio público en ebullición, que no se propone articular lo social, sino poner en evidencia las múltiples fracturas entre la sociedad, el espacio y el tiempo.

La segunda acepción del espacio público, por su parte, nos obliga a algunos matices y precisiones internas. La definición del espacio público burgués clásico sin duda remite a Habermas. Pero es muy frecuente que se le tome de un modo laxo para analizar la ciudad del siglo XIX y hasta del XX, y es allí donde aparece el problema adicional al conflicto de interpretaciones, que es el forzamiento de la teoría habermasiana, ya que Habermas teorizó el momento de emergencia de los espacios de publicidad de la burguesía en el siglo XVIII, y para él su potencialidad política entra en decadencia ya desde el siglo XIX, con la progresiva identificación de las esferas política y social a partir del crecimiento de lo que luego será llamado el Estado de bienestar –el doble proceso de socialización del Estado y estatali-

zación de lo social que produce, para esta acepción, la extinción de esa brecha de autonomía de la sociedad frente al Estado que precisa para su existencia el espacio público; brecha que no se recuperará más en la ciudad de la industria, las masas y el consumo.

Así que ya tenemos, en verdad, tres posiciones con sus respectivos modelos urbanos: la primera (arendtiana) toma como modelo urbano de su concepto de espacio público el ágora de la polis clásica; la segunda (la de Habermas), los espacios del salón aristocrático o el café ilustrado del siglo XVIII (esos espacios donde nace la *crítica* burguesa); mientras que para la tercera posición (la extensión indebida de la hipótesis habermasiana), el modelo urbano es el del *boulevard* decimonónico, el espacio público en donde la noción ilustrada de representación parece mutar en autorrepresentación burguesa y, sobre todo, donde se realiza la conversión de toda la vida urbana en *circulación*, mostrando ya no la dialéctica implícita entre el mercado y el espacio público, sino el carácter exclusiva e irreductiblemente mercantil de la metrópoli moderna.

No quiero alimentar una imagen simplificadora de las relaciones entre teorías del espacio público (en términos sociológicos, históricos y políticos) y modelos urbanos de referencia: precisamente, en cuanto categoría puente, el espacio público no tiene resuelto –no podría tenerlo– su nudo teórico fundamental, la relación que establece, de manera implícita, entre forma urbana y política. Pero no creo distorsionar mucho esas teorías al notar que ciertas imágenes y modelos urbanos operan en ellas y desde ellas, produciendo consecuencias en las diferentes concepciones de lo social y lo político que pueden advertirse en las prácticas espaciales y en las políticas urbanas contemporáneas.

La esquematización de las ciudades y los espacios de esas tres posiciones, además, grafica el carácter conflictivo de las conceptualizaciones más habituales entre los especialistas urbanos, que al hablar de espacio público operan desde sus propias tradiciones, incorporando sin advertirlo nuevos esquemas que oscilan entre una visión comunitarista, como aquella clásica de Lewis Mumford que buscaba recuperar un espacio “orgánico” inspirado en la plaza medieval –es decir, una idea de espacio público que el espacio público moderno destruyó, y que remite a una sociedad todavía cerrada, donde domina la acción colectiva contra cualquier idea de individuo y de racionalidad proyectual–, y una visión societalista, como la que produce el posmodernismo en su recuperación de la ciudad decimonónica.⁵

⁵ La noción organicista de Mumford aparece en sus dos obras cumbre sobre la ciudad: *La cultura de las ciudades* (1938) y *La ciudad en la historia* (1961). La visión societalista aparece en un texto clave de los años ochenta del siglo XX, *Espacio urbano*, de Rob Krier (1979).

Estas dos visiones instaladas en el imaginario arquitectónico y urbano se superponen complicadamente con las nociones teóricas y tienen consecuencias muy directas en los modos en que entendemos la ciudad desde los años ochenta del siglo xx. La concepción comunitarista ha sido muy importante a lo largo de todo el siglo xx, como se advierte en el hecho de que no sólo respalda los modelos urbano-arquitectónicos más próximos al organicismo de cuño mumfordiano –y, más en general, al urbanismo anglosajón–, como la *neighborhood unit* del suburbio jardín, sino también los modelos del modernismo clásico, ya que el bloque de viviendas en las áreas verdes tenía como supuesto el objetivo de recuperación de un nexo directo entre comunidad y naturaleza que las máscaras del espacio público burgués habrían destruido; pero, además, esa concepción explica también una posición existencialista como la de Aldo Rossi (1981 [1966]), que en la década de 1960 recuperaba la idea de monumento como locus, acontecimiento trascendente y originario frente al tiempo mercantil del espacio público –para notar la generalización posterior de esa recuperación en clave comunitarista alcanza con recordar la inflación simbólica producida en nuestros imaginarios urbanos desde los años ochenta en el camino de los *lieux des memoires*–. Y así como podemos ver operando esa concepción comunitarista-modernista en las renovadoras propuestas urbanas de los años setenta, que postulaban la recuperación de los centros históricos en Urbino y Bologna, la segunda concepción, societalista-posmodernista, se vincula, obviamente, con todo el proceso de recuperación cultural de la ciudad que lideraron las intervenciones urbanas de Berlín y Barcelona en los ochenta, relanzando la importancia público-ciudadana de la calle tradicional y la vida urbana, que es al mismo tiempo antimodernista y pro mercantil.

Soy consciente de que la sensación que produce la rápida enumeración hecha hasta aquí está más cerca del vértigo del caleidoscopio que de la claridad de la explicación: se trata de mezclas fragmentarias de conceptos, aplicaciones parciales y mistificaciones; pero más que un defecto del relato debería verse como un efecto de la suerte corrida en las últimas dos décadas por el espacio público urbano: la superposición de postulados reificados fragmentariamente en imágenes urbanas exitosas, ante la carencia de cualquier debate riguroso respecto de las políticas que las generaron, de las sociedades que las alimentaron y de las teorías que podrían explicarlas. Por supuesto, sólo mediante una fuerte operación de reducción una teoría puede convertirse en imágenes urbanas –lo que no implica que éstas no sean complejas en sí o que, por su parte, permitan alimentar teorías también complejas–. Pero

este reduccionismo no es producto exclusivo de los límites intelectuales de la arquitectura y el urbanismo, como bien se ve en uno de los libros más célebres de los que relanzaron la ciudad en los años ochenta: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, de Marshall Berman (1988 [1982]). En esta obra, el espacio público ilustrado se confunde con el *boulevard* haussmanniano que llegó para cancelarlo (entre otras cosas, porque allí la multitud cancela la autonomía del individuo autocentrado y se produce el tipo exacto de relación ciudad/sociedad que rechaza Habermas, tanto como Arendt); asimismo, para defender la Modernidad contra las lecturas posmodernas se exalta el imaginario de la ciudad decimonónica que estaban proponiendo en esos mismos años la urbanística posmoderna y la nostalgia almibarada del conservacionismo *pompier*. Hoy es fácil advertir que, si se sigue el argumento de Berman, el siglo xix convirtió el espacio público en una tautología, en el lugar del disfrute del propio espacio público, en paisaje de sí mismo; es un espacio que ha perdido todo resto de debate racional –lo que lo convertía en vehículo y motor de la autoilustración del público– en favor de la mera *flânerie*: esa combinación de multitud y mercancía que caracterizan el paseo urbano moderno.

Y en textos menos conocidos, pero no por eso menos significativos, en los que todos estos temas de moda derivan en *vulgata*, la confusión y la mezcla llegan a niveles de absoluta improductividad. Tomo uno muy reciente, generado en el contexto académico de las universidades norteamericanas y utilizado como introducción para un libro oficial sobre las propuestas para el espacio público del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, porque de paso demuestra el modo banal en que ha venido funcionando la categoría de espacio público para figurar un puente posible entre la reflexión crítica y las políticas públicas. Ya en el comienzo, en la frase inicial en la que respalda su noción de espacio público en la teoría de Habermas (citado al pasar, como guiño entre entendidos), el autor sostiene que la más drástica de las transformaciones urbanas actuales es “la modificación sustancial del espacio social a causa de la apropiación del espacio público por manos privadas” (Remedi, 2003: 15). Esto sustenta la contundencia crítica de su título: “El asalto al espacio público”. Pero, ¿acaso Habermas no dice que sólo hay espacio público cuando éste pertenece a la sociedad civil, es decir, a las manos privadas, para defenderlas, justamente, del asalto del Estado? Señalar esta contradicción teórica no supone negar las transformaciones de las que busca dar cuenta el autor del artículo; el problema es saber si incorporarlas a la fuerza en el molde teórico-político-urbano del espacio público ayuda a entenderlas. Y para coronar este malentendido, el autor pasa, casi

sin solución de continuidad, a denunciar la transformación de los espacios públicos en “no lugares”, empleando otra categoría muy exitosa, que rápidamente pasó del dominio académico al periodístico, desconociendo que la noción de “lugar” que utiliza Marc Augé es antropológica, mientras que la de espacio público es política (véase Augé, 1993). Es decir, que ambas categorías sirven para pensar cuestiones completamente diferentes en las relaciones ciudad/sociedad. Forzadas a estar una al lado de la otra, lo primero que habría que decir es que la propia emergencia del espacio público moderno (al menos en la definición habermasiana a la que, como vimos, el autor alude) supuso la cancelación histórica de la idea de lugar, ya que el espacio público necesita para su desarrollo la existencia de una sociedad de individuos desarraigados, que ha roto con la relación identitaria entre el lugar y la comunidad.

III

De todos modos, no es el propósito de este trabajo *aclarar* desde la teoría la confusión reinante en nuestras nociones superpuestas de espacio público, sino intentar entender cómo han funcionado las diversas representaciones de espacio público, cómo operan en la ciudad que se transforma ante nuestros ojos. Lo particular de la coyuntura de los años ochenta, en que la categoría surge y se afirma, es que entonces parecieron coincidir en ella una idea de la ciudad, una de la arquitectura, una de la política, una de la sociedad y una de la cultura urbana que surgía de esa articulación. Cada una de esas perspectivas iluminaba la noción de espacio público y se dejaba iluminar por ella, dándole matices diferentes pero complementarios, en el típico movimiento centrífugo que se produce en el momento de ascenso de una categoría, cuando todo parece probar su capacidad teórica e instrumental. Ése fue el romance del espacio público.

La coyuntura fue llamativamente internacional (al menos en Occidente), aunque, como siempre sucede, en cada lugar se modularon diversas problemáticas e interpretaciones del espacio público. Podría decirse que fue el resultado de una triple crisis: la del socialismo, la del Estado de bienestar y la de las dictaduras sudamericanas (completamente contingente en relación con las anteriores), que confluyeron en una común disposición a discutir las tendencias totalitarias del Estado poniendo en primer plano a la “sociedad civil”. De modo que la categoría de espacio público, recordada apenas por la tradición liberal anglosajona y trabajada por figuras como Arendt o Habermas entre los años 1950 y 1960 desde preocupaciones filosóficas

típicas de ese periodo, como la de la *muchedumbre solitaria*—por recordar la célebre fórmula de David Riesman (Riesman, Glazer y Denney, 1964 [1950])—, se convirtió en la clave para una novedosa reconsideración del problema democrático por parte de la izquierda, haciendo hincapié en su llamado a la reactivación política de la ciudadanía.

En verdad, en el debate urbano y arquitectónico se produjo un desfase temporal similar: si pensamos que en 1961 se publicaba *Vida y muerte de las grandes ciudades*, de Jane Jacobs (1967), el libro que encarnó la propuesta de recuperación de la vida bulliciosa de la calle de barrio frente a la negación de la urbanística modernista; y si recordamos que el arco que lleva de la obra de Kevin Lynch (1974 [1960]) a la de Aldo Rossi —es decir, de la morfología y la semiología urbanas a la arquitectura de la ciudad— se escribió completo entre finales de los años cincuenta y la primera mitad de los sesenta, podemos advertir que la crisis del modernismo que se hizo evidente en medio de la exitosa modernización de posguerra ya había producido una serie de reflexiones que irían a hacer eclosión, por fuera del debate de los expertos, veinte años después.

Así se explica la coexistencia en los años ochenta, como agentes activos en la exaltación de la cultura urbana, de los diferentes debates del espacio público y del modernismo/posmodernismo: fuentes diversas, problemas distintos, articulados en una serie de *tropos* de tanta debilidad como hospitalidad teórica: tal es el éxito, por ejemplo, de la figura del *flâneur*. Y no hay que olvidar, por último, la peculiar torsión instrumental que se realizó en ambos debates, ya que las fuentes privilegiadas en ellos distaban de favorecer el enfoque entusiasta que dominó. Como ya mencionamos, tanto Arendt como Habermas son taxativos respecto del irreversible “declive” del espacio público, por usar la figura de otro autor del periodo, Richard Sennett (1978), quien tampoco es optimista —pese a sus reiterados, y siempre agudos, intentos de pensamiento operativo para el rescate de formas de espacio público en la ciudad contemporánea (véase, por ejemplo, Sennett, 1990)—. E incluso Marshall Berman, que sí es optimista, encuentra en el siglo XIX una encrucijada dialéctica de factores de altísima productividad que el siglo XX se habría esmerado en desmadejar. Es decir, para todos esos autores de referencia en los años ochenta, el espacio público funciona, más que como un modelo aplicable, como una herramienta de crítica del presente a la luz de momentos fatalmente perdidos —una especie de figura “utópica”, entonces, en uno de los sentidos posibles con que Baczko (1988 [1984]) interpretó el libro de Moro.

Análogamente, también la celebración de la ciudad que produjo el debate modernismo/posmodernismo creyó encontrar apoyo en posiciones como las de Georg Simmel o Walter Benjamin, desentendiéndose del humor trágico con que ellos interpretaron la metrópolis como clave de la Modernidad capitalista (una idea de Modernidad en la que debe leerse –como señaló Jedlowski (1995)– la autoconciencia de esos autores sobre la crisis de la cultura occidental).

IV

En el caso de Buenos Aires, las primeras reflexiones en torno al espacio público se realizaron hacia el final de la dictadura, en el filo de los años ochenta. Las interpretaciones de Habermas sostuvieron entonces una visión de las relaciones entre Estado y autoritarismo que produjo una nueva imaginación histórica de gran influencia en los modos de pensar la ciudad. Porque se hizo un redescubrimiento casi tocquevilliano del asociacionismo barrial de los años 1920 y 1930 (cuando florecieron en Buenos Aires las sociedades de fomento, las bibliotecas populares y toda una cultura popular barrial que formó las bases para la extensión de la peculiar clase media porteña), identificando en esas instituciones “nidos de la democracia”: espacios públicos de resistencia y transmisión de una “democracia al acecho” en tiempos de autoritarismo.⁶ La reflexión sobre el autoritarismo producía una reivindicación optimista de los procesos propios de la sociedad frente al Estado y una revaloración –completamente novedosa en la cultura progresista argentina– de la clase media como sociedad civil por excelencia.

La aceptación política del horizonte de la democracia liberal implicaba, como consecuencia lógica, la adopción de la cadena teórica *Estado-espacio público-sociedad civil-mercado*: fue una reevaluación del liberalismo que colocó la reflexión sobre el autoritarismo en la Argentina en el cauce de un vasto movimiento político-intelectual mundial que buscaba hacerse cargo de la crisis del socialismo. Por supuesto, todo ese proceso de descubrimiento del espacio público no puede desprenderse de la experiencia de ocupación del espacio público urbano en el final de la dictadura y el comienzo de la democracia, en una combinación –más arendtiana que habermasiana– entre las artes (teatro en la calle,

recitales masivos, arte urbano) y la política (las protestas de los organismos de derechos humanos, de modo muy especial), en la que la celebración urbana democrática parecía contestar en los hechos a la obsesión de la dictadura por la limpieza y el orden en la ciudad.

Pero este camino de valorización del espacio público, como categoría política y protagonista de la transición democrática, tuvo como correlato la recuperación de un espacio urbano en cuanto protagonista: el barrio popular. Ésa fue nuestra particular modulación del romance del espacio público que se estaba entonando en todas partes. La modulación fue muy idiosincrásica de Buenos Aires –el barrio popular en esta ciudad también lo es–. Pero conviene recordar, simplemente para notar los modos en que estos temas van encarnando en distintos sitios de forma dislocada –es decir, planteando problemas en apariencia similares pero desde situaciones completamente diferentes–, que al mismo tiempo el barrio asumía un protagonismo decisivo en el proceso de renovación de Berlín Occidental, emblema de un nuevo “urbanismo de lo pequeño” en los ochenta. Y que, a mediados de esa década, el efecto del terremoto en México también se tradujo en una nueva oleada de reivindicación de la participación popular en los barrios, que aparecieron como un espacio liberado, de solidaridad y autogobierno, en lo que también fue el inicio de un nuevo ciclo de reflexión sobre la ciudad tomando como eje el espacio público.

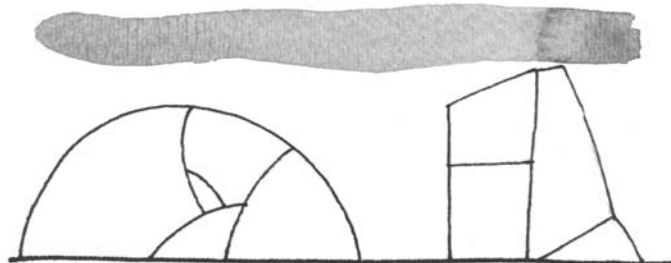
En Buenos Aires, aquella lectura de los barrios preparó el terreno para una activa política municipal orientada a la consolidación de redes de participación: una voluntad descentralizadora, participativa y antiburocrática (en cuyo cauce se formaron los consejos vecinales, los centros culturales barriales y una infinidad de microiniciativas) que quedó inscrita en el imaginario progresista de la ciudad, y que conecta tanto con el consenso sobre la necesidad de división de la ciudad en comunas en la Convención Constituyente de Buenos Aires en 1996, como con el asambleísmo espontáneo que se desarrolló durante la crisis de finales de 2001 y todo 2002. Pero que también conecta con el redescubrimiento de la identidad barrial en clave cultural e inmobiliaria: desde el nuevo circuito tanguero hasta el boom inmobiliario y comercial de Palermo Viejo (hoy subdividido por las empresas inmobiliarias en Palermo Soho y Palermo Hollywood), quizá la primera experiencia de *gentrificación* en Buenos Aires.

⁶ Los términos entrecomillados fueron utilizados en un trabajo pionero del grupo de historiadores cuyo núcleo era el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), en especial Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero, Hilda Sabato y Juan Carlos Korol (PEHESA, 1982). Los dos primeros continuaron con los estudios de las sociedades vecinales y el espacio público barrial en una serie de trabajos que reunieron más tarde en Gutiérrez y Romero (1995).

V

Y quizás éste sea el mejor ejemplo de los cambios acaecidos entre las esperanzas urbanas de la década de los ochenta, las realidades de la modernización conservadora de los noventa y la Buenos Aires de nuestros días; mejor, por más expresivo, que los ejemplos más conocidos de Puerto Madero, los *malls* o los barrios privados. Porque si en Palermo Viejo se ha querido ver una transformación *endógena*, producto de “sanas” dinámicas locales frente al urbanismo invasivo de la globalización, típico de los emprendimientos de enclave que se llevaron adelante en los años noventa, en verdad debe entenderse que este trozo de *ciudad tradicional* también es funcional a la transformación más amplia, la de la fragmentación urbana, los megaemprendimientos y los barrios cerrados, a la que sin embargo parece contestar levantando un ejemplo de alta cualidad urbana, ofertas culturales y comerciales que reponen las características de la ciudad histórica, con su rica mezcla de trabajo y ocio.

Tal vez la mejor manera de entender esos cambios sea enfocándose en la propia categoría *gentrificación*, que acabo de utilizar para nombrarlos –en el modo mecánico en que solemos usarla–. La gentrificación nunca había ocurrido en Buenos Aires, porque la ciudad había acompañado históricamente con sus propias transformaciones la gran movilidad de la sociedad; no existió nunca el típico dilema de los centros históricos, latinoamericanos o europeos, esa oscilación entre deterioro, por falta de intervención en defensa del patrimonio; o gentrificación por los procesos económicos que desata esa intervención cuando se produce. Justamente, la cualidad de espacio público de Buenos Aires estuvo apoyada en la extensión a los barrios de una notable homogeneidad social, cultural y urbana, que movilizó a toda la ciudad contra la erección de zonas exclusivas. Hoy, en cambio, la ciudad funciona en una continua desagregación de exclusividades. Y dentro de esta lógica, un barrio *tradicional* como Palermo Viejo, recuperado como centro exquisito del diseño y la comida, también cumple un papel.



La imagen de Palermo, que se erige como emblema alternativo a las luces estridentes de los megaemprendimientos de enclave, es la del barrio tradicional de la densa trama comunitaria y el espacio urbano amable. Palermo Viejo se venía preparando para ese rol, podría decirse, desde los años ochenta. Su patrimonio de viejos caserones venidos a menos a lo largo de tranquilas calles arboladas y su escaso valor relativo de mercado desplazaron allí el interés inicial de capas de profesionales medios, en altísima proporción arquitectos, por el tradicional barrio de San Telmo (demasiado protegido por restricciones legales). Y en Palermo se encontraron con el plus de la idea de *barrio*, como medio ambiente urbano ideal que sintonizaba con aquel redescubrimiento en las lecturas históricas y políticas de la ciudad y la ciudadanía. De modo que un nuevo tipo de programa arquitectónico (la restauración historicista de la vivienda individual frente a la pasión modernizadora por la vivienda colectiva de las décadas anteriores) comenzaba a articularse con un tipo de operación urbana (el “urbanismo de lo pequeño”, frente a las fáusticas operaciones de la planificación tradicional), y con el tipo de relación ciudad/sociedad civil que propiciaba la categoría espacio público, cerrando el círculo. Palermo fue vanguardia en esa idea de espacio público barrial y también su ejemplo más logrado, al grado de que, incluso en la actual frivolidad generalizada del “boom de Buenos Aires”, todavía guarda restos en algunas respuestas originales y eficaces a la miseria urbana, como las que viene realizando desde 2001 la Sociedad de Fomento de Palermo Viejo con la cooperativa de cartoneros El Ceibo, cuyo plan piloto de reciclaje ha sido tomado por el gobierno de la ciudad como modelo para un novedoso plan de recolección de residuos.

De cualquier forma, la noción de gentrificación no parece fácil de aplicar en este caso, ya que, a pesar del explosivo éxito comercial asociado al diseño y la cultura juvenil, no es sencillo reconocer un cambio en el contenido social del barrio. En todo caso, si algo parecido a la gentrificación ocurrió allí, fue en los años ochenta, cuando comenzaron a llegar los primeros arquitectos a comprar casas y a restaurarlas; pero tampoco fue así totalmente, pues no alcanzaron a producir grandes alteraciones en el medio social. En verdad, es difícil encontrar aún hoy estrictos procesos de gentrificación en Buenos Aires: no existió en los casos de transformación radical, como Puerto Madero, porque, a diferencia de lo ocurrido en el Puerto de Londres, no había aquí población que desplazar –y esa ausencia de conflicto potencial fue uno de los principales aciertos de la elección del puerto como foco de transformación *estratégica* de la ciudad–; se intentó y fracasó en el Abasto; y ahora se está intentando en algunos puntos

selectos de Barracas con la ayuda de las exposiciones de diseño de Casa Foa. Pero el modo de la transformación urbana y social en Buenos Aires sigue presidida en buena parte por el paradigma de la renovación, más que por el de la revalorización patrimonial. El gran cambio actual, respecto de esa modalidad principal, es que si la ciudad siempre había acompañado con transformaciones generales la extendida movilidad de la sociedad, hoy esas transformaciones asumen la forma del enclave ensimismado en el que los fragmentos supérstites de aquella movilidad se autocontienen y buscan recortar su diferencia.

Es cierto que el fenómeno de Palermo Viejo también podría pensarse como la elección consciente de un sector de la clase media que en estos últimos años opta por formas de disfrute de la ciudad diferentes de las opciones más generalizadas en los noventa por los barrios cerrados o el consumo protegido del *shopping*, con sus promesas de seguridad y aislamiento, y así está funcionando en las representaciones actuales de Buenos Aires. Pero más allá de esa valoración, Palermo Viejo está demostrando dos cosas. La primera se percibe con sólo recorrer el barrio, entrando y saliendo de un boliche de diseño, una librería o un restaurante *fashion* de los que se amontonan cuadra por cuadra: no puede haber espacio público en un sector urbano *producido* como una escena del *Townscape* de Gordon Cullen, tan bonita como artificiosa. La segunda tiene que ver con una comprobación más general sobre el funcionamiento de ese barrio en medio de una metrópolis fracturada: lo que se percibe es el fracaso del discurso típico de los años ochenta sobre la reactivación del espacio público mediante un diseño de la *ciudad por partes*, que fue la modulación urbanística de aquel optimismo social y político sobre el espacio público y su lugar de encarnación, el barrio popular.

Como se sabe, la idea de la ciudad por partes rechazaba el dominio de la planificación, cuantitativa y metodologista, para recuperar la pequeña escala de intervención cualitativa y revalorizar la trama tradicional de la ciudad. Eran ideas que proponían rescatar las cualidades clásicas de la ciudad decimonónica, inspiradas en las transformaciones de Berlín y Barcelona (aquellos modelos emblemáticos de la concepción societalista-posmodernista que mencionábamos antes); sobre todo de Barcelona, ya que con los responsables de su gestión se inició en la democracia una fuerte relación de intercambio técnico e ideológico. En verdad, desde aquella ciudad se produjo, a lo largo de la década de 1990, un verdadero modelo “de exportación”, de gran alcance en toda Latinoamérica: así funciona todavía el “planeamiento estratégico”. Se trata de un modelo urbano que propone asumir los límites de la

gestión pública y aceptar la dimensión mercantil del territorio metropolitano, incorporando francamente los capitales privados a la reforma urbana, concebida ésta de modo fragmentario, como piezas urbano-arquitectónicas que subrayan la capacidad de la *forma* arquitectónica tanto en el plano de las necesidades identitarias de la ciudadanía como en el valor de *commodities* de los edificios y sitios urbanos. Todo ello condimentado por un nuevo rol de la arquitectura “de marca” como dinamizadora de los cambios urbanos, cuyo ejemplo paradigmático en los noventa fue el Museo Guggenheim de Bilbao. (Por cierto, alguna vez habría que estudiar las relaciones existentes entre esta recuperación de una urbanística decimonónica y la reaparición de una figura típica de la modernización urbana de finales del siglo XIX y comienzos del XX: la figura del experto internacional, contratado por los gobiernos municipales latinoamericanos para que desarrolle sus planes urbanos con las ideas que se demostraron exitosas en su ciudad de origen.)

No me detendré en la descripción del proceso que se desarrolló en los años noventa, que muchas veces se identifica con la simplificadora noción de globalización –creo que debería pensarse que las dinámicas económicas y territoriales que han acelerado los procesos de fragmentación social y espacial en Buenos Aires se comprenden mejor a la luz de lógicas locales–. Simplemente conviene recordar que, en el proceso de apertura económica y desmantelamiento del Estado, los fragmentos urbano-arquitectónicos que se pensaban como dinamizadores de la cultura urbana y la dinámica social, motores del espacio público y avanzadas de un modelo flexible de ciudad –vinculado más con las demandas e iniciativas de la sociedad civil que con la voluntad fáustica del Estado–, demostraron no funcionar de acuerdo con sus modelos originarios, sino como enclaves recortados contra un fondo de decadencia, espejos de los procesos de concentración a los que resultaban completamente funcionales como recurso para la puesta en el mercado de aquellos sectores de la ciudad y el territorio que suponían ventajas diferenciales para el desarrollo de grandes negocios privados. Es decir, la ideología de la ciudad por partes resultó funcional al resultado de la *ciudad archipiélago*, y los discursos del planeamiento estratégico fueron las coartadas progresistas para un neoliberalismo salvaje.

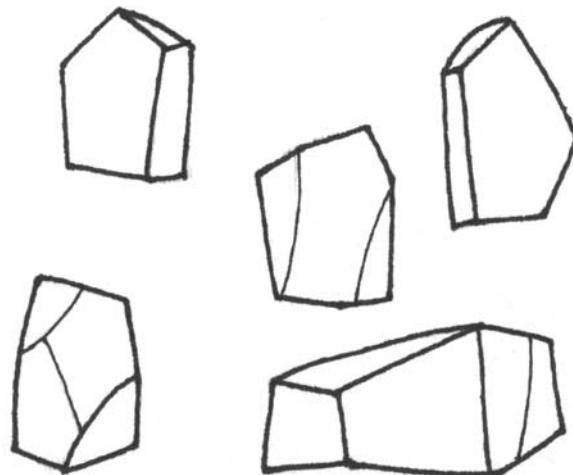
Si pensamos en la situación actual de Buenos Aires vamos a ver que, no obstante el cambio de discursos luego de la crisis del paradigma neoliberal, los procesos de la ciudad han retomado el mismo camino, ante la ausencia de un proyecto político-urbano alternativo: la política urbana neoliberal de los años noventa ya no es continuada explícitamente, pero tampoco ha

sido remplazada con un modelo diverso de ciudad. La lucidez del neoliberalismo en diagnosticar la crisis de la ciudad expansiva y en proponer un modelo de remplazo (el modelo de la *ciudad de los negocios*), no fue contrastada con un diagnóstico igualmente lúcido, pero ideológicamente diferente, sobre la ciudad que aquellas políticas dejaron. Así, debajo de las autorrepresentaciones mitologizantes sobre el boom poscrisis de Buenos Aires (esta suma de turismo y auge cultural e inmobiliario), ya es claro que la mejoría económica ha reactivado la lógica de la ciudad de los noventa, que había sido amortiguada por la crisis (Gorelik, 2006a). La voluntad típica de los años noventa fue superponer, sobre la exhausta estructura urbana de Buenos Aires, un sistema completamente nuevo, de enclaves y autopistas, que aceptaba como irremediable las diferencias urbanas y sociales que surgían de la decadencia del modelo tradicional –y, por lo tanto, las potenciaba–. Esa voluntad se desaceleró con la crisis, pero el actual despegue inmobiliario –uno de los sectores más dinámicos de la economía del boom– se está concentrando otra vez en el tipo de emprendimientos de enclave característico de aquellos años: barrios privados, torres country y hasta los megaemprendimientos que habían quedado en suspenso (como Retiro o la ampliación de Puerto Madero), mostrando que la crisis actuó como una cristalización de las fracturas sociales y urbanas sobre las que prospera aquel modelo de ciudad, sin ninguna medida pública que se ponga a la altura del desafío, intentando reorientar esa dinámica.

VI

De tal forma, es evidente que desde los ochenta hasta hoy se estuvieron diciendo cosas muy diferentes con la categoría de espacio público: hablaban de espacio público quienes pretendían devolverle a la sociedad esferas de actividad que habían estado manejadas durante décadas por el Estado –y así se justificó en los noventa todo el proceso de privatización de los servicios públicos–, y también quienes buscaban preservar de su conversión en negocio privado los espacios comunes manejados por el Estado. ¿Sigue teniendo sentido, entonces, llamar espacio público a cualquiera de esas opciones, litigando por la definición “legítima”?

En el pensamiento urbano más avanzado hace tiempo comenzó a cuestionarse la propia noción de ciudad a la que aludía la categoría de espacio público. Como señaló Corboz al acuñar el concepto de *hipercidad*, las partes “tradicionales” de la ciudad, aque-



llas con las que por lo general seguimos asociando la idea de ciudad, apenas ocupan en Europa, donde esa idea nació, dos o tres por ciento de la superficie total de lo que ahora es una metrópoli continental, extendida por todo el territorio (Corboz, 1998 [1994]). Se trata de un hallazgo similar al que llevó a Koolhaas a escribir la frase que abre este texto. Pero Koolhaas da un paso más; reflexiona sobre el efecto de esas transformaciones en los instrumentos de proyección del espacio urbano: si “el concepto de ciudad se distorsiona y se dilata más allá de todo precedente, cada insistencia en su condición primordial –en términos de imágenes, reglas y fabricación–, inevitablemente conduce, por vía de la nostalgia a la irrelevancia” (Koolhaas, 1995: 963). Con una agudeza de diagnóstico crítico que le ha sido muy eficaz como vehículo de un cinismo de mercado en su propia producción arquitectónica, Koolhaas no está repitiendo la típica acusación de “escenográficas” que se esgrime contra las propuestas de transformación arquitectónica del espacio urbano; está señalando que las “virtudes de la ciudad clásica”, en particular el espacio público, redescubiertas después de su extinción, están funcionando como fetiche para los arquitectos y para la sociedad.

La voz de alarma de Koolhaas, a comienzos de la década de los noventa, señaló el momento en que los arquitectos de avanzada abandonaron la idea de espacio público –que quedó desde entonces en manos de los funcionarios públicos, los empresarios y los analistas culturales– y siguieron, a partir de allí, el discurso del caos para entender la ciudad. Podría decirse que entonces se desvaneció en la alta cultura arquitectónica la figura del *flâneur* para dar lugar a la más reciente reivindicación del paseante errático que cumple con la deriva situacionista.⁷

⁷ He analizado este pasaje en Gorelik (2006b).

Precisemos esta idea del espacio público como fetiche. Si recordamos la famosa definición de la alienación religiosa de Feuerbach en la que se inspiró Marx para su figura del “fetiche de la mercancía”, podríamos decir que el espacio público se ha convertido, más allá de cualquier categorización específica, en el lugar idealizado donde depositamos todas las virtudes de la ciudad para no tener que afrontar el difícil compromiso de ponerlas en práctica en la realidad de nuestras ciudades.⁸ Es muy significativo que cuando Ulrich Beck habla de este tipo de categorías que siguen operando en los discursos sobre lo social, aunque nombran fenómenos ya irreconocibles en ellas, alude a *categorías-zombies* (Beck y Willms, 2004). Esto parece ser hoy el espacio público, en relación con los propios procesos de transformación actual de la ciudad: no se trata de escenografías, sino de espectros.

Asimismo, como señala David Harvey, los “lugares nodales de cualidad” son funcionales a los requerimientos de competitividad de los territorios globalizados (Harvey, 2005). Como podría observarse para el caso de Palermo Viejo, estos espacios de recreación de la vida urbana clásica son el plus necesario que la ciudad debe ofrecer para su funcionamiento más eficaz dentro de las nuevas condiciones. Los fragmentos del archipiélago que funcionan como espacio público, lejos de servir como antídoto que puede inocular la poción revivificadora al resto del sistema para un progresivo recambio general (la idea economicista del *derrame* con que funcionó la ideología del planeamiento estratégico), parecen ser algo así como el valor diferencial que las ciudades colocan en el mercado territorial para atraer los capitales que garantizan la continua transformación en hiperciudad.

Y bajo el influjo del planeamiento estratégico, el espacio público ha funcionado doblemente como fetiche, porque el carácter articulador de esta categoría puente ha permitido confiar en que con ella se lograba una conexión implícita –natural– entre los expertos urbanos, los agentes económicos y los políticos, cuando en verdad, si han funcionado articuladamente, no ha sido para favorecer el espacio público. Como ha escrito Otilia Arantes, una de las primeras y más agudas críticas del planeamiento estratégico, la fragmentación urbana reciente contó con el auxilio de una “armoniosa pareja estratégica”, los urbanistas –en general, de procedencia progresista– y los empresarios que han encontrado en las ciudades un nuevo campo de acumulación: los

primeros se han dedicado, aparentemente por un mandato de época, a proyectar “en términos gerenciales provocativamente explícitos”; los segundos no hacen más que celebrar los valores culturales de la ciudad, “enalteciendo el ‘pulsar de cada calle, plaza o fragmento urbano’”, por lo que terminan todos hablando “la misma jerga de autenticidad urbana que se podría denominar culturalismo de mercado” (Arantes, 2000: 67).

Por último, podría decirse que las políticas urbanas utilizaron la categoría de espacio público en un doble sentido: por una parte, en un sentido muy tradicional y operativo, como el espacio abierto de la ciudad (las calles y las plazas), sin más contenido teórico que el supuesto de que es en el espacio abierto donde la sociedad se reúne y reconoce; y por la otra, adscribiendo automáticamente para ese espacio abierto todas las cualidades sociales y políticas que las teorías del espacio público ponen en circulación. Es decir, que por obra y gracia del “romance del espacio público”, diseñar una placita ya no era diseñar una placita, sino estar construyendo los pilares de la sociabilidad democrática. Así se justificaron como progresistas ideas urbanísticas que simplemente retomaron con bastante pobreza de medios los modelos urbanos del siglo XIX, retomando también el principio del funcionamiento de mercado de la ciudad, como si la constatación teórica de que para que haya espacio público tiene que haber mercado garantizara la constatación práctica inversa, de que allí donde funcione la ciudad como mercado habrá espacio público. Y así se llegó, en la década de los noventa, a sostener, con el discurso del espacio público, un tipo de ciudad que tiene muy poco que ver con los valores que, aún en su manera utópica, la categoría de espacio público busca sostener.

Como se ve, usos diversos para una categoría que sólo muy superficialmente permite las articulaciones de una categoría puente. Si podemos referirnos a espacio público tanto para aludir a la calle cortada en memoria de la tragedia de Cromañón como al parque Micaela Bastidas en Puerto Madero, quizás deba pensarse que más que seguir hablando de espacio público, apelando a su capacidad de composición de esferas diferentes, hoy convenga volver a despiezar las partes individuales que entran en juego, para ver si podemos comprender qué ha estado pasando, mientras nosotros hablábamos del espacio público, con la ciudad, por una parte, y la política, la sociedad y el Estado, por la otra.

⁸ Me refiero a la célebre discusión de Feuerbach con Hegel sobre la religión, desarrollada en *La esencia del cristianismo*, de 1841, que Marx retoma y reformula en los *Manuscritos económicos y filosóficos*, de 1844. Puede verse un muy buen análisis de los diversos usos de la noción de alienación en esos textos en Giddens (1971).

Bibliografía

- ARANTES, OTILIA
2000 "Uma estratégia fatal. A cultura nas novas gestões urbanas", en Arantes, Vainer y Maricato, *A cidade do pensamento único. Desmanchando consensos*, Editora Vozes, Petrópolis, pp. 11-74.
- ARENDRT, HANNAH
1993 *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 366 pp. [edición original Nueva York, 1958].
- AUGÉ, MARC
1993 *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 125 pp. [edición original París, 1992].
- BACZKO, BRONISLAW
1988 *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 270 pp. [edición original París, 1984].
- BECK, ULRICH Y J. WILLMS
2004 *Conversations with Ulrich Beck*, Polity, Cambridge, 232 pp.
- BERMAN, MARSHALL
1988 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 385 pp. [edición original Nueva York, 1982].
- CORBOZ, ANDRÉ
1998 "L'ipercittà", en *Ordine Sparso. Saggi sull'arte, il metodo, la città e il territorio*, Franco Angeli, Milán, pp. 234-238 [1994].
- GIDDENS, ANTHONY
1971 *Capitalism and Modern Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 382 pp.
- GORELIK, ADRIÁN
1998 "Correspondencias. La ciudad análoga como puente entre ciudad y cultura", en *Block*, núm. 3, pp. 88-97, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
2006a "Modelo para armar. Buenos Aires, de la crisis al boom", en *Punto de Vista*, núm. 84, abril, pp. 33-39, Buenos Aires.
2006b "Políticas de la representación urbana: el momento situacionista", en *Punto de Vista*, núm. 86, diciembre, pp. 23-30, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, LEANDRO Y LUIS ALBERTO ROMERO
1995 *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 212 pp.
- HABERMAS, JÜRGEN
1981 *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 351 pp. [edición original Darmstadt, 1962].
- HARVEY, DAVID
2005 "El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura", en David Harvey y Neil Smith, *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*, Museu d'Art Contemporani de Barcelona/Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, pp. 29-57.
- JACOBS, JANE
1967 *Vida y muerte de las grandes ciudades*, Península, Madrid, 468 pp. [edición original Nueva York, 1961].
- JEDLOWSKI, PAOLO
1995 "Introduzione", en Georg Simmel, *La metropoli e la vita dello spirito*, Armando Editore, Roma, pp. 7-32.
- KOOLHAAS, REM
1995 "What ever happened to Urbanism?", en Rem Koolhaas y Bruce Mau, *S, M, L, XL*, Monacelli Press, Nueva York, pp. 959-971 [1994].
- KRIER, ROB
1979 *Urban Space*, Academy Editions, Londres, 174 pp. [con palabras preliminares de Colin Rowe].
- LOOS, ADOLF
1993 "La ciudad potemkinizada", en *Escritos I. 1897/1909*, El Croquis Editorial, Madrid, pp. 114-117 [edición original Viena, 1898].
- LYNCH, KEVIN
1974 *La imagen de la ciudad*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 228 pp. [edición original Cambridge, 1960].
- MUMFORD, LEWIS
1938 *The Culture of Cities*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 586 pp.
1966 *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 2 vols., 891 pp. [edición original Nueva York, 1961].
- PEHESA
1982 "¿Dónde anida la democracia?", en *Punto de Vista*, núm. 15, agosto, pp. 6-10, Buenos Aires.
- REMEDY, GUSTAVO
2003 "La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público)", en Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, *Las dimensiones del espacio público*, Subsecretaría de Planeamiento del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 15-24.
- RIESMAN, DAVID, NATHAN GLAZER Y REUEL DENNEY
1964 *La muchedumbre solitaria*, Paidós, Buenos Aires, 298 pp. [edición original Nueva York, 1950].
- ROSSI, ALDO
1981 *La arquitectura de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 5ª ed. ampliada, 311 pp. [edición original Padua, 1966].
- SENNETT, RICHARD
1978 *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 433 pp. [edición original Nueva York, 1977].
1990 *The Conscience of the Eye. The Design and Social Life of Cities*, Alfred Knopf, Nueva York, 270 pp.